

NUESTRAS VISITAS

ANSELMINI

DEL Anselmi artista al Anselmi caballero particular, existe una diferencia asombrosa.

El repertorio teatral del prodigioso cantante, compuesto en su mayoría por tipos sumamente espirituales, hondamente románticos, casi aromados con un poco de perfume de mujer, ha ido formando el error de que Pepe Anselmi es afeminado y hasta histérico, cual una doncellita caprichosa... También ha contribuido a fomentar esta idea esa colección de retratos en que el artista aparece con actitudes y gestos un poco afectados... Yo quiero desvanecer, en lo que pueda, esta equivocación... Anselmi, en su trato, es varonil, crudamente varonil; tiene cosas de chico mimado, pero jamás afeminamientos de ninguna clase...

Aquella tarde corría por las encinadas del Pardo como un chicuelo travieso, se internaba entre los chaparrales, fingiéndose el salvaje de la selva; imitaba á Belmonte, dando recortes á un toro imaginario, con su largo gabán marrón; se revolcaba por el suelo y tenía en todo instante una broma infantil para cada uno de sus amigos... Solamente se quedaba un poco perplejo cuando alguien le recordaba que dos días después tendría que cantar *Los Pescadores*... en el Real.

Físicamente todos conocéis á Anselmi... Su bella presencia personal es la de un buen artista: pintor, violinista, escultor ó tenor... Alto, de proporciones gallardas, de movimientos arrogantes; siempre está en *posse* de retrato. Su cabeza es una cabeza de estudio... Redonda, de tez terrosa, de facciones bastas, pero armónicas; ojos azules, mirada alegre y casi siempre interrogadora. Su frente espaciosa, demasiado prolongada porque sus largos cabellos ondulados comienzan ya á abandonarla... Habla mucho y ríe mucho. Y su charla muy pintoresca revela una sólida cultura... De todo sabe un poco y su alma un algo soñadora, siente, sobre todas las cosas, la filosofía optimista...

—Yo, mi querido señor,—me decía sentado bajo una encina—siento la necesidad de leer mucho... y después escribo un poco... Hago literatura... pensamientos filosóficos, que surgen de mi choque con la vida... ¿No? ¿Me entiende? Esta pregunta me la hizo porque se expresaba en italiano...

—Sí; le entiendo, pero ¿no habla usted español?

—¡Oh! No. ¡Muy mal!... Francés, bien, inglés, casi bien y español, mal... No es posible hacer diversas cosas á la perfección; la energía intelectual no dá tanto de sí... Gracias que se consiga dominar una materia, no á la perfección porque perfecto no hay nada... Es decir sí... una cosa... Eso...

Y Anselmi señalaba el cielo, que aquella tarde era de un azul cobalto transparente. El sol iba hundiéndose tras los lejanos confines de la Casa de Campo. El tenor jugueteaba con su bastón haciendo rayas en la tierra...

—¿Ama usted mucho el campo?—le pregunté.

—Y ¿cómo no amarlo, mi querido señor?... ¿Quién, teniendo un alma de artista, no siente la voluptuosidad de la Naturaleza?... Yo amo el campo y lo necesito para la robustez de mi garganta y para el recreo de mi espíritu...

—¿Ha estado usted unos días algo afónico?...

—Sí... sí; bastante... Me he pasado sin hablar, absolutamente nada, tres días... Mi laringe es muy delicada y siempre que vengo á Madrid se asusta de los cambios tan bruscos de temperatura... Es un tributo que vengo pagando todos los años, como el hotel y el coche...

—¿Usted es romano?...

—No... no, mi querido señor. Yo soy siciliano... Nacido en Cattaro... ¡Oh, mi Sicilia!...

Y las pupilas azules de Anselmi, miraron con melancolía al cielo...

Yo continué...

—¿Pertenecía usted á una familia humilde ó...? No me dejó terminar.

—¡Oh!... ¡No!... Mis padres eran los Marqueses de... célebres artistas trágicos. Y mi infancia al lado de ellos era estar en la gloria...

—Desde pequeño, ¿tenía usted gran afición por la música?...

—Locura; con una caña con agujeritos hechos por mí, tocaba todo lo que oía... En vista de esta pasión, mis padres resolvieron que aprendiese el violín... A los dieciseis años era un con-



Anselmi, retratado por Campúa, en El Pardo



UNA AVENTURA DE DON JUAN

*El bello Don Juan es eterno:
—jugador, valiente y carnal—
y retorna, desde el Infierno
en las noches de Carnaval.*

◇

*Fué en un baile funambulesco;
la luna ilumina el jardín
y piruetea el picaresco
bellaco de Don Arlequín.*

*En los salones de la danza,
rebozada en blanco disfraz
Colombina, la rubia, lanza
un guiño, bajo su antifaz.*

*Pierrot, el lunario poeta
de la clásica comedieta,
ve á la Pálida en el umbral,*

*y sus bucles ralos se erizan
mientras las luces agonizan
igual que á un soplo fantasmal...*

*Don Juan ve á la dama inquietante
y la pluma de su birrete
barre la alfombra, en un galante
giro, muy siglo diez y siete.*

*Tras su antifaz, la Descarnada
mostraba las lúgubres cuencas
con la lucecilla embrujada
de sus pupilas azulecas.*

*—Tapada del negro monjil
y de la mano de marfil,
bríndame tus labios en flor.*

*—Burlador gentil de mujeres,
en mi tálamo, los placeres
duran cien siglos, burlador.*

◇

*Don Juan, galante, discretea;
en una danza loca, van
y hasta la Muerte coquetea
entre los brazos de Don Juan.*

*Al remate de la aventura,
poseo de una fiebre loca,
trenzándola por la cintura
le da un beso en la fría boca.*

*Después, á la luz de la luna,
cruzaron la negra laguna
en una góndola encantada;*

*se oye un seco crujir de huesos
y el estallido de los besos
de la Señora Descarnada.*

◇

*Don Juan se tornó á los Infiernos,
pero no os aflija su suerte,
él sabrá ponerle los cuernos
á su seca esposa, la Muerte.
La esposa de la horrida mueca
cuya coyunda es eternal...
Pero él se burla de la Seca,
porque Don Juan es inmortal...*

EMILIO CARRÉRE

DIBUJO DE BARTOLOZZI

certista muy afamado, que ganaba mis buenas
liras... Ocho años estuve siendo el artista del
violín...

—¿Y cómo fué descubrir sus condiciones de
tenor?

—No sé cómo... El violín se encargó de ello.
Yo quería cantar como mi violín. El fué mi
maestro; por eso lo amo tanto... El violín es el
corazón de mi arte, la laringe sólo una facul-
tad... Yo no tuve jamás maestro... Dice Aristó-
teles «que el mejor maestro de uno, es uno
mismo...» A esto me atengo siempre.

—¿Dónde cantó usted por primera vez?...

—En Génova, y canté *Rigoletto*.

—¿Y desde entonces triunfó usted?...

Anselmi rió con una modestia infantil.

—¿Triunfar?... ¿Triunfar?... Yo sólo debo de-
cir que desde entonces vengo cantando y de eso
hace ahora, precisamente, catorce años.

—¿Pues qué edad tiene usted?...

—Treinta y ocho años...

Hizo un gesto de cómica pesadumbre; después
murmuró:

—¡Muchos años!... ¡Muchos!... ¿Verdad?...

Ya llevo gastada más de la mitad de mi vida...

—¿Cuánto dinero habrá usted ganado en todo
el tiempo que lleva trabajando?

—Quince ó diez y seis millones de francos...

—¿Y los conserva usted?...

—¡Oh!, no señor. Yo apenas tengo para vi-
vir... ¡Que ya es bastante tener!... Créame.

—¿Ante qué público le gusta á usted más can-
tar?...

Anselmi dudó un momento. Al fin se decidió...

—En los países latinos; porque son de mi raza
y de mi espíritu... Exteriorizan sus impresiones
artísticas y esto, que es muy temible, también
resulta muy agradable... Yo trabajo en Madrid y
si gusto, el público me idolatra... ¡Ah, si no
gusto, me castiga!... En Inglaterra ó Rusia, para
saber si gusto, hay que ir á la taquilla...

—Me han dicho que le teme usted mucho al
público de Madrid...

—Yo, mi querido señor, soy un artista que
tiene conciencia de su arte y de lo que cobra, y,
como es lógico, todos mis esfuerzos y mis sen-
tidos los pongo en hacerme digno de mi fama y
de que mi sueldo sea bien ganado... Así es que
yo, que como buen siciliano tengo un corazón
de acero, que no se amilana ante ningún peli-
gro, cuando voy á cantar tengo miedo... ¡Un
miedo espantoso!... Sobre todo al *Paraiso*...

Y el artista hacía gestos de terror... Prosi-
guió:

—La noche antes y la noche después de haber
cantado, jamás duermo. Esto le dará á usted ju-
sta idea de mi excitación nerviosa... ¡Es tan su-
mamente delicado mi arte!... Sosteniendo una
conversación, usted y yo y todo el mundo,



Anselmi, paseando por el campo, acompañado de su esposa

FOT. CAMPÚA



Anselmi, ante el piano FOT. DERREY

tiene á veces un titubeo ó se equivoca, ó tropieza;
pues bien; si cantando ante las seis ó ocho mil
personas que están pendientes de la fragil gar-
ganta de un artista, le ocurre algo de esto, se
ha hundido para siempre... ¡Esta es mi profes-
ión!... Un torero puede tener una tarde mala;
pero en otra, si tiene suerte, recobra su presti-
gio. Un cantante no. Un cantante está perdido.

—¿Y piensa usted retirarse pronto?

Anselmi me miró sorprendido.

—Mientras que tenga facultades y arte, no...
Yo no soy un artista de órgano, soy un artista
de cerebro y de corazón...

—¿Es usted ahorrativo?...

—¡Oh, mucho, mucho!...—dijo con afectación
cómica—; pregúnteselo usted á mi querida es-
posa... Ella es mi administradora... Desde un
año que estuve en Portugal y dejé allí todos mis
sueldos y tuve que pedir dinero á casa para regre-
sar, ella tomó la resolución de acompañarme.

Anselmi reía como un chicuelo travieso.

—¿Qué vida hace usted?...

—Consagrado á mi profesión.

—¿Se levanta usted temprano?...

—A las ocho... Estudio, leo mucho, escribo
alguna literatura para mi uso particular y escri-
bo música... Aquí, en España, como composi-
tor, no se me conoce; pero yo tengo más de cien
composiciones...

—¿Qué es lo que le gusta más de la vida?...

—La mujer y la música; son los dos polos de
todos mis sentimientos... Por la música y la mu-
jer lloro, río, canto y vivo... ¡Nada más adora-
ble! Cuando yo estoy triste, apenado, corro á
refugiarme en las caricias de mi dama ó en las
notas de mi violín... Los besos y las palabras
carinosas de ella vuelven á mí la alegría de

vivir; mi violín me trae la poesía de la vida...
Un hombre no es nada: un hombre y una mujer
es la vida: un hombre, una mujer y una buena
música es la felicidad.

El tenor se expresaba con apasionamiento,
acompañándose con gesto de artista que sabe
sentir hondamente.

—Y dígame usted, Anselmi: ¿Recibirá usted
muchas cartas perfumadas de amor?...

—Siempre se exagera... La mujer es atraída
por el que triunfa. ¡Pero no hasta el punto de en-
loquecer, ni mucho menos! De vez en cuando re-
cibo alguna epístola de la pobre niña que cree
encontrar en mí al Caballero De Grieux que yo
represento. Si me viesen fuera de escena rectifi-
carían en seguida. Claro, yo me abstengo de
desvanecer estas quimeras, porque lo más boni-
to que hay bajo el cielo es un sueño dorado en
una cabecita de veinte años, dorada también si
es posible.

Anselmi consultó su reloj de oro, donde en
vez de cifras están puestas la letras de su nom-
bre y apellido, y de un salto se puso en pie.

—Son las cuatro menos cuarto y á las cuatro
tengo ensayo, mi querido señor... Vámonos...
Y echamos á andar.

Amalia, la bella dama de Anselmi, montó en su
automóvil, acompañada por Senarega y por Fa-
bra, dos íntimos amigos del maravilloso tenor.
Anselmi subió á nuestro auto con Campúa y
conmigo...

Y conforme nos íbamos acercando al Teatro
Real su espíritu iba nublandose...

—¡Oh, qué cara cuesta la gloria!...—pensaba
yo al observar este fenómeno...

EL CABALLERO AUDAZ



Baile de máscaras

Noche de Momo. Empieza el baile. Seductor, corteja á la Belleza el caballero Amor.

Triunfa el Placer. Pasean Colombinas de Plata; sin cesar piruetean los Pierrots escarlata;

la Locura, florida, rie, frente á la Vida, envuelta en áureo tul...

Canta Arlequín.
Yo, en tanto, voy en pos del encanto de una Máscara azul.

Los líricos zíganos, deslíen un vals lento. Oprimo yo sus manos, con dulce arrobamiento,

y á la Máscara acosa una extraña inquietud. Yo le ofrezco la rosa de mi audaz juventud.

Mi voz tiembla. Mis ojos, muéstranle mis antojos; contemplándola luego,

con fervor se extasían, y sus manos se enfrían en mis manos de fuego.

Huye rápida. ¿Qué pensamiento brotó en su mente? ¿Qué fué lo que la separó

de mi lado, anhelante? ¿Por qué turba mi paz, el misterio inquietante de su azul antifaz?

Cual tras una esperanza, mi alma, loca, se lanza en su busca.—¡Oh, el sueño

del romero cansino, que recorre el camino de la Vida, sin dueño!—

Un Pierrot—seda y risa—, me pregunta al oído: «—¿Dónde vas tan de prisa? ¿No lo sabes? Se ha ido.

No la busques. No hay modo de encontrarla. Ella es la ilusión que va á todos y se alejó después.»

Dudo un punto. En la fiesta, Momo triunfa. La orquesta vuelve lenta á sonar.

En mi pecho doliente, hay un ansia vehemente de romper á llorar...

RAMÓN DÍAZ MIRETE
DIBUJO DE OCHOA

MUSICOS ESPAÑOLES • ENRIQUE FERNÁNDEZ ARBÓS

ARBÓS es un músico cosmopolita. Su vida y su historia artística brillantísima de concertista y director de orquesta, se desenvuelve y adquiere todo su desarrollo en los centros musicales de Bruselas, Berlín, Estados Unidos y Londres, en los que convive con las figuras musicales contemporáneas de mayor relieve.

Nació el ilustre maestro español en Madrid, el 24 de Diciembre de 1865. Descendiente de una familia de músicos, pues su abuelo, su padre y su tío, D. Enrique Arbós, fueron músicos mayores, hereda las cualidades de sus antecesores, comenzando en Madrid las primeras lecciones con su padre. En Valencia decide este dedicar a su hijo a la música en vista de las actitudes y de la vocación que demostraba el futuro gran artista, por haber observado que en un violín de juguete, regalo de Reyes, tocaba el niño Arbós con rara habilidad impropia de sus pocos años.

Después de recibir algunas lecciones se traslada a Madrid, ingresa en el Conservatorio en la clase de Monasterio y obtiene a los catorce años los primeros premios de solfeo, violín y armonía.

La Infanta Isabel, a quien fué presentado por Monasterio, se encarga de su educación musical, enviándole pensionado a Bruselas, en donde conoció a otro eminente músico español, a Isaac Albéniz (que estaba estudiando pensionado por D. Alfonso XII), intimando con el malogrado artista con una amistad tan fraternal que duró toda su vida. En Bruselas estudió Arbós el violín con el célebre Vieuxtemps y la composición con el erudito historiador y maestro Gevaert, obteniendo el gran premio de excelencia en 1879.

Encontrándose en Bruselas el famoso violinista Joachim oyó tocar a Arbós, interesándole de tal modo el joven artista español que le invitó a que fuera a Berlín a continuar sus estudios bajo su dirección.

Desde esta época comienza para Arbós una vida de triunfos artísticos y de emociones del más alto interés. Se traslada a Bonn en ocasión de celebrarse un festival con motivo de la inauguración del monumento a Schumann. En casa de la viuda de Schumann es presentado a Brahms, a Von Bulow, al cuarteto Joachim, a Hiller y otras eminencias. Poco después, en el festival rhenano (del Rhin), conoció a los maestros más excelsos de aquella generación.

Desde Bonn se traslada a Berlín para continuar sus estudios con Joachim y la composición con Herzogenberg. Joachim, que le profesaba un cariño paternal, le invitó a vivir en su compañía. Durante los dos años que vivió con el gran violinista alemán conoció íntimamente a Liszt, presentado por Joachim, y a Brahms, de quien conserva recuerdos inolvidables, como el de haber asistido, uno de los primeros en Alemania, a la audición de todas sus obras a partir del trío en *do menor*. Brahms enviaba sus manuscritos a Joachim y en su casa se leían y se corregían. Una mañana, antes del desayuno, y sin decir Joachim nada, colocó sobre la mesa el manuscrito de la Cuarta Sinfonía de Brahms, produciendo en Arbós una emoción imborrable.

Arbós fué presentado al público de Berlín por Joachim en el mismo concierto en que se interpretaba la Cuarta Sinfonía de Brahms, sin publicar aún, tocando con su maestro el doble concierto de Bach, para dos violines, y el concierto húngaro de Joachim.

Después de este concierto, que consagró el nombre de nuestro patriota, fué nombrado concertino de la Filarmónica de Berlín, puesto que desempeñó durante dos años. En esta época triunfal de su vida conoció Arbós a Rubinstein, Sarasate, d'Aalbert, Wieniawski, Davidoff y al entonces joven Strauss, haciendo música de cámara con muchos de ellos y durante algunos



EL MAESTRO ARBÓS

años con Joachim en casa de los Mendelssohn, donde Joachim concurría una vez por semana.

Arbós abandona Berlín por haber sido nombrado profesor del Conservatorio, concertino de la orquesta y director del cuarteto de Hamburgo. Por esta época queda vacante una clase de violín en el Conservatorio de Madrid y, accediendo a los deseos de sus padres, viene a la capital de España, siendo nombrado profesor de violín después de unos notabilísimos ejercicios. Arbós no puede vivir inactivo después de su febril vida artística y funda una sociedad de música de cámara con Tragó, Agudo, Gálvez y Rubio, permaneciendo en Madrid dos años. Arbós tiene la desgracia de perder a sus padres y, encontrando entonces en la Corte poco ambiente para sus anhelos e ilusiones musicales, vuelve a reanudar sus excursiones por el extranjero, estableciéndose en Londres, donde da varios conciertos con Albéniz en los Monday Popular de Saint James Hall, partiendo de estos conciertos su popularidad en Inglaterra. Recorre toda Inglaterra, Irlanda y Escocia, dando conciertos ya solo ó de música de cámara en compañía de las celebridades de su tiempo: Joachim, Janer, Piatti, Paderewsky. Entonces es nombrado profesor del Royal College of Music de Londres; a la vez era contratado para dar conciertos en los Estados Unidos, donde fué concertino y segundo director de la célebre orquesta de Boston, en sustitución de Kneissel. En la ciudad nortea comienza Arbós su carrera de director de orquesta, aunque ya a los veintinueve años había dirigido en el Palacio de Bellas Artes de Madrid con ocasión del Centenario de Colón, en Santander y en otras ciudades españolas.

Recorrió algunas poblaciones de los Estados Unidos, tocando bajo la dirección de Ricardo Strauss, estrenando entonces sus hermosos poemas sinfónicos «Don Quijote» y «Vida de héroe». Como violinista y director ha hecho Arbós excursiones artísticas por Bélgica, Portu-

gal, Francia, España, Alemania, Italia, Holanda, Rusia y Estados Unidos.

Fundada en Madrid hace diez años la Orquesta Sinfónica, acepta Arbós el cargo de director de esta importante agrupación y la dirección de la orquesta del Gran Casino de San Sebastián, comenzando para Arbós una serie de éxitos en su patria. A la vez funda en Londres el Concert Club con la cooperación de la Orquesta Sinfónica de la popular capital de Inglaterra, siendo durante tres años los conciertos de moda y por los que desfilaron todas las notabilidades contemporáneas: Casals, Kreisler, Lamond, Max Hamburg. Dirigió también la Sinfónica de Londres en los conciertos de Albert Hall, Queen's Hall, Covent Garden y Palladium, contribuyendo a despertar simpatías para España interpretando, siempre que le ha sido posible, obras de compositores españoles modernos. Los conciertos dirigidos por Arbós en Londres, San Petersburgo, Moscou, Roma y París fueron verdaderos triunfos para el insigne maestro y para los compositores españoles. El concierto-festival de París celebrado en el teatro de los Campos Elíseos en la temporada de 1913 a 1914, constituyó un grandioso éxito, mereciendo los más efusivos elogios de la mayor parte de la crítica francesa.

La labor de Arbós al frente de la Sinfónica, entregada en sus manos en un período de crisis musical, ha sido considerable y fructífera para el arte nacional. El insigne artista ha dado homogeneidad, ha formado esta importantísima corporación, que cuenta con elementos artísticos de reconocido mérito; él ha contribuido a fomentar la cultura musical con las excursiones a las principales capitales españolas (52 conciertos dió el año pasado); Arbós ha dado a conocer obras sinfónicas de Albéniz, Conrado del Campo, Pérez Casas, Granados, Turina, Oscar

Esplá, Arregui, La Viña, Manrique de Lara, Bretón (padre é hijo) y Villar, a más de las obras de Bach, Brahms y del repertorio francés, ruso, inglés y alemán, clásico y moderno, y las obras más interesantes de la producción musical contemporánea; con su orquesta, en fin, consiguió despertar la afición a la música sinfónica, adormecida estos últimos años, en Madrid y en provincias. Con la cooperación de los orfeones Catalán, Donostiarra y Sociedad Coral de Bilbao, realiza Arbós todos los años magníficos festivales en los que interpreta las grandes creaciones vocales e instrumentales de la literatura musical. Arbós no da importancia a su obra de compositor y sin embargo es autor de la ópera cómica «El centro de la tierra», de un inspirado trío para piano, violín y violoncello, de unas guajiras y tango, para violín y orquesta, muy características, y que se han tocado mucho en el extranjero; de una colección de melodías para canto y piano y de dos fragmentos sinfónicos muy interesantes: «Ausencia» y «Noche de Arabia». Además ha instrumentado magistralmente algunos números de «La Iberia», de Albéniz, que ejecutan todas las orquestas del mundo.

Arbós es persona afable y culta (posee cinco idiomas) y un *causeur* amantísimo. Es comendador de la Orden de Isabel la Católica y caballero de la de Carlos III, de España, caballero de la Legión de Honor de Francia; de la Orden de Santiago y Villaviciosa, de Portugal, y miembro honorario de la Academia de Londres. Recientemente fué nombrado director del Conservatorio de Madrid, renunciando el cargo. La guerra europea le recluye en su patria, no sabemos si accidentalmente ó de una manera definitiva.

Arbós, como Sarasate, Casals, Monasterio, Albéniz, Malats, Granados, Manén, Falla y otros músicos españoles de mérito, es honor y gloria de España, honrándola con su nombre preclaro en el extranjero.

ROGELIO VILLAR



SILUETAS GALLEGAS

EL CRUCERO

Es domingo. Hay mercado en la ciudad y desde la montaña acuden los pobres paisanos á vender y merca.

La primera luz del alba los sorprendió ya en camino monte abajo para llegar de buena hora. La distancia de la aldea no es muy grande: unas cuatro leguas mal contadas..., poco más de una *carreira d'un cou...*; pero conviene el madrugón para hacer buena feria.

Las mujeres se han puesto los pañuelos rojos ó amarillos y los hombres llevan los chalecos y las chaquetas remontadas de paño de distinto color y los sombreros de alas anchas. Monteras y polainas... ¡*Dios las dea...*! ya van desapareciendo casi en totalidad. Lo clásico y lo típico se dejan vencer muy á gusto por lo cómodo y lo barato.

Mientras la niebla madruguera festoneaba los bordes de los senderos, simulando un vaho de la tierra, los aldeanos avanzaban á buen paso para combatir con el rápido andar la humedad que se les metía en los huesos después de caladas las ropas; pero cuando se alzaron las nieblas bajas y el sol mostróse centelleante, pronto sintieron fatiga, renegando del calor, que no es buen amigo para compañero en las jornadas.

Y menos mal en tanto que descendían por la montaña, pues á trechos les daban sombra los grupos de castaños, de robles y de nogales, y las mismas lindes de los terrenos, recubiertas de lujuriosas ortigas, cuando la senda se hundía en sus caprichosos recodos y desniveles formaban dos altas paredes en donde también la som-

bra se aposentaba complacida. Mal sitio para detenerse, aunque muy bueno para pasarlo... Pero al llegar á la carretera, á la útil y práctica... y antipatiquísima carretera, á los pobres paisanos se les llenó el corazón con la niebla del desánimo al tiempo mismo que se les nublaban los ojos con el fulgor blanquecino y reverberante que el firme del camino despedía refraccionando iracundo los rayos de luz...

El paisano ama al sol por lo que tiene de fecundizador para la tierra y aun de provechoso para la salud, pero lo aborrece por lo que tiene de resplandores y de fantasmón presumido. El calor le agrada y lo necesita, pero el exceso de luz le ofende, y más todavía: le desagrada. Si la luna alumbrara siempre, y no fuera malsana para el maíz, y no se prestase para hervir los filtros maléficos al conjuro de la meiga..., el paisano adoraría á la Luna, que brilla discreta, que alumbra lo suficiente y que proporciona benévola las sombras amadas para el descanso del trabajo y para el trabajo dulcísimo del amor...

Por la carretera van. Los hombres hostigan á los bueyes y á las ovejas para que avancen, y las mujeres balancean sobre la cabeza los enormes cestos que se sostienen en un inverosímil equilibrio.

De vez en cuando les adelanta un automóvil, apesándoles con la bencina y cegándoles con el polvo. El ganado se desmanda y trata de huir, las mujeres chillan y los hombres reniegan dando voces y sacudiendo palos..., lo que siempre es una manera de tranquilizar á los

asustadizos... Y luego reanudan silenciosos la peregrinación.

Por fin sonríen. Han visto el crucero. Allí descansarán, y de allí á la ciudad es cuestión de un cuarto de hora.

El crucero gallego es muchas cosas. Primero, naturalmente, signo de piedad y obligación de oraciones, pero además señala distancias, sirve de término para límites de ciudades, es protector de ferias y lugar de citas campesinas, y en torno suyo hay siempre una leyenda...

Todos los cruceros tienen su cruz y sus brazos abiertos, claro está, pero además tienen esculpida una imagen ó un trasunto de la Pasión, y esto es precisamente lo que distingue y califica al crucero: sin esto le llaman cruz nada más. Y todo crucero está obligado á tener en torno de su base unos escalones, porque en ellos quiere la tradición que descansen el Judío Errante, siendo el único sitio de donde no le obliga á levantarse la eterna maldición.

Y cuando los paisanos gallegos cruzan de noche por delante de un crucero y en sus gradas ven dormido algún hombre miserable, callan y aprietan el paso, no vaya á ser el mismísimo Errante quien duerme y reposa un momento...

Y de día, ellos aprovechan los escalones para descansar de sus fatigas en las marchas. Y hacen perfectamente, que ellos también son errantes y llevan sobre sí el castigo eterno de su pobreza...

MANUEL LINARES RIVAS

DIBUJO DE SOBRINO

NUESTRAS VISITAS

EL MAESTRO VILLA



D. RICARDO VILLA
Director de la Banda Municipal de Madrid

La simpatía del maestro Villa es castizamente madrileña, como su tipo pequeño, regordete y erguido, y sus andares airoso, sin flamenquería. Para mí estos hombres pequeños y siempre risueños, poseen una atracción misteriosa. Ya lo dijo el gran Zamacois: «El misterio de un hombre pequeño».

Antes de tomar el primer sorbo de la fresca cerveza con que el notable músico me obsequiaba en el despacho de su casita, ya se había adueñado de mi espíritu con su naturalidad casi infantil y con su sincera modestia.

Nos habíamos quitado las americanas para estar más cómodos. Yo tomé asiento ante su mesa de trabajo; él frente a mí. De una caja que había sobre un estante sacó dos cigarrillos. Fumamos.

—Créame usted—me dijo lleno de confusiones—, que me pone usted en un compromiso. Yo no he de saber decirle nada que resulte ameno é interesante. Mi vida ha sido la vida de un obrero de la música. Si algo soy ó represento, á mi gran afición por ella se lo debo. Mis trabajos musicales no han sido trabajos, han sido deleites, recreos, así es que, cuando triunfe como músico, jamás podré decir: «Triunfé gracias á mis trabajos», sino «gracias á mis recreos».

—¡Ah!, ¿sí, maestro? ¿Luego para usted constituye un deleite dirigir la banda en estos días de infierno y tomarse un baño de sudor?

—Mientras estoy con la batuta en la mano no me entero de si hace calor ó frío y de si sudo ó tiritó. De verdad.

—Creí que siempre resultaría fatigoso.

—Sí, algo; más que por el movimiento, por la tensión nerviosa; pero está bien compensado si el auditorio es respetuoso y amante de la música.

—¿En dónde le agrada á usted más dirigir los conciertos?

—En Rosales, por la noche, y en el Retiro, por las mañanas.

—Entonces, ¿en el Retiro por las noches, no?

—¡Quíá! Es una gente especial; no son amantes de la música, y además, no oyen, ni se ocupan para nada de la banda... ¡Un fastidio!

Hizo una pausa. Tomó un sorbo de *alemana*, lo saboreó con deleite; después, respiró fuerte y satisfecho.

—¿Su padre de usted era músico, maestro?

—Sí, señor; músico: violinista del Real y de la Sociedad de Conciertos.

—Entonces, ¿él fué su profesor?

—No; más bien mi iniciador, porque yo sólo

tenía diez años cuando él murió. Eramos tres hermanos; el tercero murió, y el otro es el violonchelista del Real, de la banda y de la Sinfónica. Mi padre, á su muerte, casi se llevó la llave de la despensa. Comenzamos á vivir trabajosamente. Un poco de calvario; y yo, en seguida, empecé á buscarme la vida, y conseguí ganármela.

—¿Cómo?—inquirí.

El maestro, tras de sonreír apacible al rememorar un recuerdo, exclamó:

—Cantaba en los coros de niños del Teatro Real. Estrené *Mefistófeles* y *La Gioconda*. Ya, con lo que me daban, me ganaba mi plato. ¡La vida!

—¿Y á todo esto, usted sentía gran afición por la música?

—Muchísima, y sin trabajo ninguno estudiaba la carrera de violinista. Mi ilusión era arrancar gemidos y frases á mi violín. Soñaba con ese día. El solfeo lo estudié con D. Antonio Llanos, la armonía con Fontanilla, el violín con Monasterio y Arbós y la composición con Grajal y Serrano.

—¿Era usted aplicado?

—Sí. Más que otros. En eso tengo que hacerme justicia. Le advierto á usted que si hubiese

hacer para sostener la primera espuerta, cruzaron una mirada de inteligencia, como diciendo:

—El señorito no aguanta ni media hora.

Antes de ese tiempo tenía las manos ensangrentadas.

El esparto de las espuestas me las había destrozado, y era un verdadero martirio soportar el roce brusco en la carne viva.

Aunque hacía calor, el terral levantaba el polvo de hierro, que se incrustaba en los ojos, produciéndome un vivísimo escozor.

Detrás de un carro venía otro y otro, sin interrupción, sin dar lugar al más pequeño descanso. Era imposible detenerse para reponer las fuerzas, ni siquiera para enjugarse el sudor. Los carreros, desde abajo, nos azuzaban para que nos diéramos prisa, pues ellos trabajaban á destajo y tenían interés en hacer muchos viajes.

gaba yo también, y entonces, y en aquella hora, con más violencia que nunca, de los señoritos?

Y cerraba los ojos para no ver, y contraía los músculos de mi cara, apretando los dientes para evitar que el dolor me arrancara una queja, para sostenerme en el andamio y transformarme en un obrero y poder unir mi voz á las voces humanamente salvajes de aquellos parias.

Enloquecido por la rabia, la vergüenza y el dolor, hipertrofiado, soporté durante todo el día las fatigas de la terrible jornada, y haciendo un esfuerzo supremo descendí del andamio gallardamente, despacio, en un alarde magnífico de seguridad y de fuerza.

Abajo me esperaba un obrero. Otro, señalándome, le dijo:

—¿No buscabas al señorito? Pues ahí le tienes.

diendo la respuesta. Comprendí que mi negativa exasperaría á mi interlocutor, y, al mismo tiempo, que mi dignidad no debía allanarse á obedecer una orden hecha en aquel tono.

Pero, apenas había dado dos pasos, sentí sobre mis hombros unas manos que me detenían, y giré rápidamente haciendo frente á mi enemigo.

—¿No me contestas, señorito?

—No; no te contesto.

—¿Me amenazas?

—Tómalo como quieras.

—Te advierto que conmigo no se juega.

Y al decir esto último me dió un golpe en el pecho.

Yo aproveché el instante en que su brazo hacía el movimiento y estampé en su cara los cinco dedos de mi mano.

La bofetada sonó como el chasquido de un



—¡A ver! Esa fila de la izquierda, que se duerme.

Pronto corrió la voz de que un señorito estaba trabajando, y comenzaron las vayas y las burlas. De andamio á andamio preguntaban:

—¿Dura todavía el señorito?

Y de proa á popa la pregunta era contestada, intercalando chistes, cuando no ofensivos, de mal gusto.

Todo el odio de clase se manifestaba brutal y sin trabas, reivindicativo y cruel, gozoso de poder, á mansalva, hincar el diente en el caído, vengarse en él hasta la saciedad. La rabia contenida rompía el dique y, con furia inusitada, se estrellaba en mí.

Yo comprendía, sufría y callaba. ¿Acaso no llevaba yo también parte en aquel odio, en aquellos rugidos bárbaros contra los de arriba? ¿No era yo también una víctima de la injusticia social, como lo eran los que me insultaban? ¿No rene-

El obrero se me acercó, midiéndome de abajo arriba con la mirada.

—¿Tú no sabes que para poder trabajar aquí se necesita ser socio de nuestra Sociedad?

—No, no lo sabía; el capataz nada me dijo ni me exigió para darme trabajo.

—El capataz nada tiene que ver con esto; pero tú, si no te haces socio de nuestra Sociedad, no trabajarás, ¿sabes?

Las cuadrillas de obreros desfilaban á nuestro lado, y en conocimiento de lo que ocurría, se alejaban comentando el caso con calor.

Un rumor sordo, como el zumbido de un moscardón gigantesco, llegaba amenazante á mis oídos.

—¿Que no trabajaré?

—No; no trabajarás.

—¿Y quién lo va á impedir?

—Yo; todos...

Sonreí tristemente é intenté marcharme, eva-

lático. Mi adversario se tambaleó unos instantes y, después, rehaciéndose, cayó sobre mí como una tromba.

Apenas hubo lucha. Salí rebotado al primer empujón, midiendo con mis costillas la tierra, y antes de que el obrero pudiera echarse de nuevo sobre mí, nos separaron.

La cara de mi contrincante estaba llena de sangre, y las gentes creyeron que lo había herido.

Aquello me salvó, porque todos supusieron que tenía un arma, y nadie se acercó á mí por temor.

Se conformaron con insultarme desde lejos.

—¡A ese, á ese! ¡Ahí va el señorito del pan pringao! ¡Criminal! ¡Bandido!...

Yo apresuré el paso. Estaba seguro, segurísimo, que la mancha roja de la cara del obrero era sangre de mi mano, sangre mía, de mis propias venas, que manaba de mis heridas en abundancia.

ALEJANDRO BER

NUESTRAS VISITAS

EL MAESTRO ARBÓS

El maestro sacó un estuchito gris de gamuza; del estuche un pequeño cepillo, y con una naturalidad muy francesa, incurrió en la coquetería de alisarse los cabellos: primero, la espesa y larga barba, con demasiados tallos blancos; después, el bigote, y, por último, la cabeza, cubierta de abundante pelo grisado. Campúa le hizo las advertencias de rigor:

—Un momento. Quieto. Así. Muy bien. Gracias, maestro.

El eminente músico volvió su atención a mí y, tras de mirarme a través de los gruesos cristales de sus gafas, exclamó:

—Ya hemos terminado con la parte artística; ahora dediquémonos a la información literaria.

Estábamos en el estudio que el gran maestro acaba de poner en el final de la calle Mayor. Es un nido de arte y de amor que está tocando al cielo. Cuando se asoma uno a sus balcones y otea la tierra, da la sensación de que se habita en una estrella. Hacía un frío espantoso, y nos agrupábamos en torno de la tarima buscando el calor de un brasero clásico que había en el centro de la galería.

La esposa del maestro se reía burlona de su frío y de sus constipados. A cada instante tenía una frase cariñosa para su marido, y sentada junto a él, le escuchaba silenciosa y le miraba con arrobos.

Esta dama es bella, joven, y tiene línea, distinción y acento franceses. Vestía con traje de terciopelo verde, que le daba a su cuerpo, lánguido y quebradizo, esbeltez de planta.

El maestro, a pesar de haber vivido media vida en el Extranjero, conserva su aspecto español neto. Todos le conocéis.

—¿Hace poco tiempo que se han casado ustedes?—comencé preguntando, para romper el hilo del silencio.

—Muy poco—contestó madame Arbós, sonriendo dulcemente.

—Un par de años—continuó el maestro.

—¿Se conocieron ustedes?

—En Londres. Aunque mi señora es bordelesa, el arte la había llevado a Londres.

—¿El arte?

—Sí; mi arpa—agregó la dama.

—¿Le gusta a usted España, señora?

—¡Oh! Mucho, mucho. Ya conozco casi toda; es deliciosa. No hay un rincón que carezca de personalidad y de arte.

—¿En qué lugar de España nació usted, maestro?

—En la calle de Lavapiés, de Madrid; ahora precisamente he cumplido años, porque nací durante la Nochebuena del 63. Vine a continuar la tradición artística de mi casa, porque mi padre, mi tío y mi abuelo fueron todos músicos mayores militares. Mi padre me enseñó muy joven el solfeo. Estando de guarnición en Valencia—apenas tendría yo seis años—me regalaron por Re-



El maestro Arbós ante el piano

yes un violín de juguete. Y aquel instrumento me emocionaba y enloquecía. En él empecé a tomar lecciones con un señor La Viña. Aquello me divertía mucho. Alentados por mis aptitudes, decidieron mis padres trasladarse a Madrid para ocuparse de mi educación musical y general. Al llegar aquí ingresé en el Conservatorio y estudié violín con Monasterio y armonía con Galiana. A los catorce años de edad había obtenido los primeros premios en ambas asignaturas y concluído la carrera. Monasterio, que me quería muchísimo, me presentó a la Infanta Isabel, y desde entonces, la noble señora no ha dejado de protegerme. No sería agradecido si no dijera que a ella le debo todo lo que soy.

—¿Cómo?—inquirí.

—Me asignó una pensión para estudiar en el Extranjero, y, acompañado de mi madre, me instalé en Bruselas. Allí estudié de nuevo el violín con el célebre Vieuxtemps, y composición con el director de aquel Conservatorio, monsieur Gevaert. En Bruselas permanecí cuatro años; gané el premio de excelencia en el Conservatorio, y me dí a conocer en conciertos importantes. Me encontraba allí muy a gusto; pero en esto llegó a Bruselas el célebre violinista Joachim; después de oírme, me propuso que me fuera con él a Berlín. Titubeé un instante y, al fin, me decidí. Marché a Bolm, ciudad del Rin, donde me había dado cita el grandioso violinista, que se hallaba allí para asistir a las fiestas musicales que se estaban celebrando para glorificar el monumento a Schumann. Mi entrada en Alemania me causó una impresión inolvidable, porque, mire usted, allí, con Joachim, se hallaban congregados los maestros más célebres de la pasada generación alemana. Fui presentado a madame Schumann, la célebre pianista Clara Wieck; a Brahms, a von Bülow, Stephen He-

ller, etc. De allí marché a Berlín. Joachim me tomó tal cariño, que concluí por habitar en su propia casa. Eso me proporcionó el honor de tratar a todos los genios de la música alemana. Yo, amigo mío, he estrechado las manos y he conversado con Wagner, Liszt, Brahms, Anton Rubinstein, Davidoff, Sarasate y tantos otros. Créame usted que evoco con entusiasmo estos nombres gloriosos, y no puede por menos de parecerme un sueño que todos hayan sido mis amigos, pues ya me da la sensación de hablar de nombres de otros siglos. A los tres años de estudiar allí me presentó Joachim al público como solista en un concierto memorable de la Orquesta Filarmónica, en el cual se estrenó manuscrita la cuarta sinfonía de Brahms.

—¿Tuvo usted éxito?

—Muy grande. Al poco tiempo fui nombrado violín concertino de la Orquesta Filarmónica de Berlín. A los dos años pasé a Hamburgo, después de hacer oposición a la plaza de profesor de violín de aquel Conservatorio y primer violín del cuarteto de aquella capital.

—¿Y cuándo vino usted a Madrid?

—Por aquel entonces, precisamente, murió Monasterio, dejando vacante la plaza de profesor de nuestro Conservatorio; mis padres, que deseaban tenerme con ellos, me pidieron regresar a Madrid. Así lo hice, y gané dicha plaza por oposición. Permanecí aquí, en el Conservatorio, tres años, y fundamos la Sociedad de música de cámara con Tragó, Agudo, Gálvez y Rubio, y dimos sesiones en el Salón Romero. Murieron mis padres, y no teniendo amarras aquí, me entró la febrilidad de correr mundo, y marché a Inglaterra, en donde yo ya había hecho una *tournee* musical. Allí di varios conciertos con Albéniz, y después toqué con Joachim en las famosas funciones populares de San James's Hall. Mi éxito estaba asegurado, y desde entonces no cesé de tocar como solista y como intérprete de música de cámara, en compañía de todas las celebridades europeas: Paderewsky, Sauer, D'Albért, Piatti, etc. Poco después fui nombrado profesor de violín y de música de cámara del Real Colegio de músicos de Londres. Y aquí viene una época de mi vida de enorme actividad. Viajé por todo el mundo; saboreé los aplausos de todos los públicos. Estando en los Estados Unidos recibí la invitación que se me hacía para ocupar el puesto de director de la Orquesta Sinfónica de Madrid. Acepté—de esto hace quince años—, y mi gestión al frente de la Sinfónica es de todos harto conocida. Cuarenta y cinco o cincuenta conciertos al año entre Madrid y provincias. Con la Sinfónica fui a París y Burdeos, con un éxito realmente enorme y críticas admirables. Creo haber contribuido poderosamente al resurgimiento del arte sinfónico español, y he dado a conocer todas las obras más importantes de todas las escuelas antiguas y modernas existentes desde Bach hasta los extramo-

secóse la sangre que corría por su cuerpo, y con uñas de león hizo una pasta para curarse las heridas. Después siguió lentamente su interrumpida ruta. En la cima del monte el Santuario resplandecía y era como una esperanza en la paz idílica de la tarde.

ooo

Ya el báculo le servía de apoyo; sin él no hubiese podido avanzar un solo paso. Si otro lobo le saliese al camino, impidiéndole su ascensión a la cumbre, hubiese abierto los brazos dejándose matar. Todas sus energías juveniles habían quedado agotadas en aquella larga caminata. Emblanquecieron sus cabellos, y sus barbas crecidas eran blancas como copos de nieve. Ya la juventud le abandonó. Y de los ojos del peregrino cayeron dos lágrimas de amargura. Sin embargo, avanzaba... avanzaba...

ooo

En los últimos días, tenebrosas apariciones pusieron un anillo de angustia en su alma. Por la senda había encontrado los cadáveres de varios peregrinos, unos despedazados por los lobos, otros caídos allí por el cansancio, vencidos por el sufrimiento, por los años y por las crueles asechanzas. Cerraba sus ojos, hacía la señal de la cruz y seguía melancólico y casi desesperanzado la senda inacabable.

Una noche en que las estrellas brillaban limpiamente en el azul del cielo, se detuvo como siempre a descansar hasta que el sol asomara por el Oriente, cuando abrióse de improviso un matorral, dando paso a un hombrecillo. Era un gnomo de luengas barbas blancas el que surgió ante él y, saludándole amistosamente, le dijo con voz cascada y hueca:

—Peregrino amigo. Os vengo siguiendo desde que emprendisteis vuestra ruta hacia la cumbre, y me admira vuestro tesón y vuestra fe. Quiero ser generoso con vos, y en prueba del afecto que os profeso voy a indicaros el camino más corto y el menos expuesto. Si seguís mis consejos, mañana mismo plantaréis vuestros reales en el Santuario. Muchos, antes que vos, llegaron también porque yo les indiqué la ruta—, añadió el hombrecillo, sonriéndose con cinismo.

—¿Cómo es posible eso?—respondió el pere-

grino—. No hay camino que pueda ser más corto que el derecho. Y al menos que no poseáis un mágico poder, no me explico que consigáis acortarlo.

Rió el hombrecillo aun más cínicamente que al principio, y contestó:

—Yo dispongo de un camino oculto bajo tierra en las entrañas del monte, y a pesar de las encrucijadas y vericuetos llegaréis por él al fin que perseguís. Ahora, sólo tendréis una molestia: el camino, como construido para gente de mi calaña, es a semejanza de un túnel; tendréis que ir con la cabeza inclinada y a veces no podréis avanzar sin arrastraros como los reptiles. Molestias pequeñas, si las comparáis con las que habéis padecido durante vuestra larga peregrinación y las que aún tendréis que padecer.

El gnomo, acariciándose sus largas barbas, esperó la respuesta del caminante; pero éste irguió y respondió con sequedad:

—Os agradezco mucho vuestra atención; pero dispensadme si no acepto vuestro ofrecimiento. Estoy acostumbrado a caminar por espacio de años y años con la cabeza alta. Mis cabellos negros se tornaron blancos con el beso de la luz. Durante toda mi vida he curtido mi cuerpo con la gloria del sol, he aspirado la brisa y el perfume de los campos y he oído los arpegios y los trinos de los pájaros. Si un día no viera salir el sol, moriría de tristeza. Ese camino subterráneo, sombrío, zigzagueante por el que se avanza ciego, sin saber si nuestras manos se llenan de barro, me enloquecería. Seguiré andando como hasta ahora sin perder la voluntad ni la esperanza de llegar, y si caigo en el camino falto de fuerzas, moriré serenamente, con el consuelo de que luché hasta el fin, con la paz en el alma y con el corazón elevado hacia Dios.

—No insisto—respondió el hombrecillo—. Sois demasiado altanero—. Y lanzándole una mirada de rencor desapareció en la espesura. Y cuando el sol alumbró de nuevo la tierra, el peregrino reanudó su caminata.

Ya del Santuario se distinguían las paredes inmaculadas de blancura, y la cruz abría sobre la tierra sus brazos protectores.

De repente, sintió el peregrino que un viento húmedo deshacía su larga y enmarañada cabe-

llera. El sol se hundió con brusquedad en el negro regazo de una nube. El monte abismóse en la sombra del obscurecer. Y un trueno retumbó lejano. Aceleró el paso y de nuevo gotas de su sangre brillaron como rubíes en las zarzas del camino. Quería llegar al Santuario antes de que la terrible tempestad comenzara. Inútil intento. El Santuario estaba aún lejano y tuvo que sufrir á pecho firme aquel formidable choque de los elementos desencadenados.

A la mañana siguiente, después de una noche pasada bajo la inclemencia del tiempo, abiertas sus heridas y titilando la sangre como un rocío rojo, sintió que el frío se apoderaba de sus nervios. Avanzaba anhelante como próximo á dar el último suspiro. Pensó en llamar al hombrecillo del monte, pero fué un pensamiento fugaz que desapareció como un relámpago. Al instante se arrepintió de su cobardía, y haciendo un nuevo y sobrehumano esfuerzo, siguió... siguió...

ooo

Cantaban los ruiseñores, los mirlos, los colibríes y los filicotois en la espesura, y el sol cubría el monte con sus rayos rosados, en la paz y dulzura de la aurora, cuando el peregrino, hundidas las mejillas y enturbiados sus ojos, puso el pie en la ansiada cumbre.

Dilatáronse sus pupilas en un trágico y supremo deseo de luz ante el maravilloso panorama. Vió, ó más bien adivinó, por cuevas, senderos y vericuetos, á otros peregrinos que avanzaban trabajosamente. Observó á muchos que, antes de ser vencidos, descendían, faltos de voluntad al convencerse de la esterilidad de sus esfuerzos.

Y cuando desde la cumbre contemplaba á los hombres como gusanos y á las ciudades más populosas como piedrecitas blancas arrojadas á la superficie de la tierra, el cansancio, los años, las asechanzas del camino, la lucha con los elementos y, por último, el vértigo de aquella altura prodigiosa nublaron de nuevo su vista.

Y el peregrino sintió que todo se hundía ante él; dió un paso y un grito de angustia, y cayó, rompiéndose el cerebro contra los blancos muros del Santuario.

José MÁS

DIBUJOS DE VARELA DE SEIÑAS



dernos rusos y franceses. De los españoles he tenido la suerte de presentar á Albéniz, Granados, Pérez Casas, Conrado del Campo, Esplá, Arregui, La Viña, Villar, Falla, Turina, Barrios, Usandizaga, Manrique de Lara y otros que no recuerdo; es decir, toda la joven escuela española.

—Y de composición, ¿qué ha hecho usted?

—Poco. Una ópera cómica titulada *El centro de la tierra*, varias piezas de violín, romanzas para canto y piano, y he transcrito, para orquesta, *Las Iberias*, de Albéniz.

—¿Cuántos idiomas habla usted, maestro?

—A la perfección, cinco.

—¿Cuándo y dónde fué la primera vez que tocó usted en público?

—En Madrid. Esto no se olvida jamás. En un concierto para la inauguración de la Sociedad de Escritores y Artistas, en el Teatro Español. Tenía yo ocho años.

—¿Cuál fué su profesor preferido?

—Joachim ha sido el que más influencia ejerció en mí, sobre todo como intérprete de los clásicos y de la música de cámara; pero no dudo en afirmar que casi como más he aprendido fué con la propia experiencia, enseñando, y á consecuencia del trato íntimo con todos los grandes artistas de todas las escuelas y nacionalidades.

—¿En qué país ha encontrado usted mejor retribuido el arte?

—En los Estados Unidos, en donde, por una temporada de seis meses como violín concertino, me dieron 50.000 francos y viajes pagados, y aparte todo el trabajo, espléndidamente retribuido, que yo tuve. También en Londres, en donde el sueldo de profesor del Conservatorio era de 15.000 pesetas.

—Su vida en Inglaterra, ¿le agradaba?

—Adorable. Deliciosa. Para mi gusto y mi carácter, es el sitio en donde más me gusta vivir. Me encuentro allí como en un baño de agua tibia.

—¿Cuál es la emoción más grande que ha experimentado usted en su vida?

El maestro meditó un momento, auscultando su corazón.

—Es difícil. Yo creo que ya lo he dicho. Mi

entrada en Alemania. Ver de cerca á los tan admirados maestros. Después, mi debut como violinista en Berlín.

—¿Toca usted el piano?

Hizo un gesto de indiferencia:

—Apenas—murmuró.

—¿Ante qué público le gusta á usted más hacer música?

—Parece lisonja; pero no lo es: en España; en toda España. En primer término, en Madrid y Barcelona. Creo que no he visto en ningún lado manifestaciones de entusiasmo tan grandes y sinceras como las de aquí. Sin embargo, yo, ante este público, lo confieso, siento miedo, mucho miedo. El público de Madrid es difícil de conquistar, y, además, hay que conquistarlo cada vez. Las palmas de hoy no son ejecutoria para mañana; es preciso arrancar nuevas ovaciones.

—¿Cuál es su músico preferido para interpretarlo?

—Tengo la suerte, bastante rara, de que me gusta todo; todo lo bueno, se entiende. En esto me distingo de muchos de mis colegas, que están casi todos afiliados á una escuela. El fondo de mi educación, y quizá de mi simpatía, es clásico; pero he conocido tantos países y tantas escuelas, que puedo decir que me he identificado con cada uno de ellos, y, al interpretar, lo mismo siento la nobleza y la sobriedad de Bach, que me emocionan las exquisiteces del arte moderno francés y ruso.

—Y de la escuela española, ¿qué me dice usted? ¿Tenemos escuela propia?

—Escuela propia todavía no; ni sé hasta qué punto la podremos tener, pues el Arte no es más que Historia; una cadena donde cada compositor ha forjado su eslabón y para lo cual, á veces, se han necesitado siglos. Esto ha producido la forma clásica en Alemania y la ópera en Italia. Francia, con ser tan rica de compositores, no se puede decir que haya encontrado una cosa personal hasta el presente momento. Y, sin embargo, no se puede negar que ha realizado indudables conquistas en el terreno armónico y en el orquestal. Y, aun esto, no les corresponde por completo, pues ellos se han inspirado en los rusos y los rusos en ellos. Lo mismo los compositores

españoles, que, según su temperamento, unos han seguido á los compositores italianos, otros á los clásicos alemanes y nuestra joven generación que aprovecha los elementos de las modernas escuelas francesa y rusa. Por eso encuentro injusto que á estos últimos—Albéniz, Falla, Turina—se les diga que su arte es francés. *Las Iberias*, de Albéniz; los *Nocturnos* y *El amor brujo*, de Falla; sus *Canciones populares* y *La procesión del Rocío*, de Turina, ¿no son españolas porque se presentan vestidas con el rico ropaje moderno, sea francés ó ruso?... Por ese camino, la mayoría de nuestra zarzuela antigua era italiana. ¡Bah! ¿Qué importa la forma ni el fondo si la idea, el ritmo, la atmósfera y el espíritu siguen siendo españoles?... Cuestión de más ó menos gusto en la manera de expresarlo; pero no cabe duda que hoy existe un verdadero renacimiento musical, y que hoy se habla aquí el lenguaje que emplea toda Europa musical.

—¿Piensa usted quedarse en España ó regresar á Inglaterra?

Arbós hizo un gesto de duda.

—¿Quién sabe!... ¿Qué artista es capaz de adivinar su vida futura? Por ahora me hallo bien aquí, en mi tierra.

—¿Qué le ha producido á usted el Arte?

—Dinero, no mucho; pero, en cambio, me ha proporcionado una gran vida de halagos y de felicidades. He vivido tanto, y tan bien, y tan intensamente, que no me cambiaría por nadie.

—¿En qué aspiraciones tiene usted fija la vista?

—Cuando estoy en plena serie de conciertos aspiro á dejarlos, y cuando no los tengo siento un deseo vehemente de tenerlos.

—¿Qué vicios le dominan, maestro?

—Me he vuelto muy bueno y ya no los tengo. Ya no me interesa más que mi Arte.

—¿Es usted feliz en la vida del hogar?

Arbós miró á su bella esposa; después exclamó lentamente, como saboreando las palabras:

—Completamente. Lo que siento es no haberla conocido antes...

EL CABALLERO AUDAZ



El maestro Arbós y su esposa en uno de los gabinetes de su casa

FOTS. CAMPÚA